

# El enigma Rosenthal

Daniel Hernández Chambers



Algar Joven

2ª EDICIÓN

Descubre el terror de primera mano

## CAPÍTULO UNO

Sentado junto a su madre en aquella sala aséptica, Martin miraba ahora sus pies como si los acabase de ver por primera vez. Llevaban tanto tiempo esperando, que el aburrimiento le había hecho ya contar el número de losas que le separaban de cada una de las paredes, leer y releer los diversos carteles informativos que colgaban aquí y allá, y registrar con la mirada hasta el más ínfimo detalle de la vestimenta del celador que había entrado y salido en un par de ocasiones de una de las consultas.

A su lado, su madre tenía la mirada perdida. Hacía un rato que se había callado, encerrándose en sus propios pensamientos. De cuando en cuando, Martin la miraba de reojo; últimamente la sorprendía llorando frecuentemente. Se sentía incapaz de animarla. Las veces que lo había intentado, ella había dibujado en sus labios un amago de sonrisa que se borraba casi en seguida.

—No te preocupes, mamá. Ya verás como pronto se despertará.

—Claro que sí, claro que sí.

Pero las voces de ambos dejaban entrever que no creían lo que decían.

Finalmente se abrió la puerta que tenían justo enfrente y una enfermera de mediana edad y gesto indiferente les indicó que pasaran. Dentro les esperaba el doctor Schölz,

con semblante serio. Terriblemente serio, le pareció a Martin.

—Síntese, señora Vaughan. Martin. —El doctor se mostraba más solícito que de costumbre, lo cual no podía significar nada bueno. Tenía los ojos enrojecidos y su rostro reflejaba cansancio.

Ingrid Vaughan envejeció en cuestión de segundos. Ya en las semanas desde el accidente de su hijo mayor había sentido que el peso del tiempo se posaba sobre ella, pero bastó con ver la forma en que el doctor Schölz la miraba para sentir que las escasas fuerzas que había logrado conservar se le escapaban. Estuvo a punto de romper a llorar antes de que el médico comenzase a hablar. Martin lo percibió y alargó su brazo para coger con su mano derecha la izquierda de su madre.

—No voy a andarme con rodeos, señora Vaughan —empezó el doctor, encontrando dificultades en mantener firme la mirada—. La situación de Michael ha derivado a un coma profundo. No hemos podido evitarlo. Le había comentado anteriormente que resultaba imposible predecir cuál sería el siguiente estadio, podría mejorar o podría ir a peor. Me temo que es esa segunda posibilidad la que tenemos ahora mismo. Y... bueno...

A pesar de que sólo les separaba la mesa cubierta de papeles con diagramas y listados de porcentajes, las palabras del doctor Schölz se perdían en algún punto inconcreto, como si el aire de la consulta hubiese adquirido la consistencia de una barrera y no las dejase llegar a su destino. En el interior de la cabeza de Ingrid brotaban recuerdos de cuando Michael era pequeño, su sonrisa matinal al desper-

tar en la cuna y verla a ella de pie, vigilando la tranquilidad de su sueño... Notó que la mano de Martin aumentaba la presión sobre la suya, y en ese momento una palabra atravesó la barrera y se coló en su cerebro.

–Irreversible.

–Pero...

–El coma en que ha entrado su hijo Michael es irreversible, señora Vaughan.

Se produjo un silencio durante el que Ingrid luchó por no llorar y Mathias Schölz por aguantar aquella mirada húmeda.

–¿Qué significa eso?

–Significa... –El doctor no era un buen relaciones públicas; hubiera preferido poder dedicarse exclusivamente a lo que era estrictamente su oficio y no tener que ver a los familiares de sus pacientes y, menos aún, tener que darles noticias como ésa.– Significa que Michael no va a volver a despertar, ha alcanzado un PNR, perdón... un punto de no retorno. Nosotros –volvió a hacer una pausa: aunque deseaba acabar cuanto antes, quería también hacer notar que para él no era agradable ni fácil dar una información tan trágica–... no podemos hacer nada más por él.

Ingrid asintió sin hablar, tratando de digerir lo que acababa de escuchar.

–Hay una cosa más, señora Vaughan. Aquí no... –carraspeó para aclararse la voz– no hay espacio para su hijo. Al encontrarse en la situación en la que, desgraciadamente, se encuentra, no sabemos en qué momento se producirá el desenlace, y hay otros enfermos esperando una cama...

—¿Qué va a ocurrir ahora? —Era una pregunta que escondía algunas otras: ¿qué sucedería con su hijo? ¿Significaba toda aquella retahíla que iba a morir, o incluso que ya estaba muerto en vida? ¿Cómo iba ella a soportar su ausencia? Y su otro hijo, el menor, Martin, ¿cómo reaccionaría él a la falta de su hermano? ¿Por qué la vida era tan cruel y se cebaba de aquella manera con ella?

—Puede aguantar mucho tiempo, o puede ser algo rápido, nadie puede saberlo.

—Pero no despertará.

—No, señora. Llegará el día en el que el corazón de Michael se canse de latir.

De nuevo Ingrid asintió en silencio. ¿Qué se suponía que debía hacer o decir? ¿Cómo se esperaba que actuase una madre al oír que su hijo había llegado a un punto de no retorno? Se dio cuenta de que las lágrimas se habían abierto paso por fin y se desparramaban por sus mejillas; buscó un pañuelo en su bolso y las secó sin demasiado empeño.

—¿Qué es lo que me está usted diciendo, doctor, que coja a mi hijo y me lo lleve a casa? ¿Es eso lo único que puedo hacer por él?

Sólo pasó un instante antes de que el doctor Schölz contestase, pero Martin tuvo tiempo de imaginar a su hermano Michael tumbado permanentemente en su cama, en el pequeño cuarto que ambos compartían. Supo que nunca podría conciliar el sueño sabiéndolo allí, siempre dormido.

—Existen diversas instituciones que se dedican a cuidar a pacientes sin... sin opción de mejorar. Son instituciones privadas y, por lo general, bastante caras. No obstante, hay una de ellas... la institución Rosenthal...

—No tengo dinero para pagar a alguien que pueda encargarse del cuidado de mi hijo, señor Schölz. Como usted sabe, soy viuda...

El doctor levantó la palma de su mano pidiendo a la señora Vaughan que le permitiese continuar.

—En el caso de la institución Rosenthal todos los gastos están cubiertos. La dirige una señora muy mayor, una condesa o algo similar que hace varios años decidió dedicar su fortuna a cuidar a enfermos como Michael.

—¿Por qué? —fue lo único que se le ocurrió preguntar a Ingrid. Por qué había alguien dispuesto a hacer algo así, cuando, por lo general, la gente era cada vez más egoísta y trataba de no ver los problemas de los demás como si de esa forma fuesen a dejar de existir.

—Hay, sin embargo, un par de, digamos, inconvenientes. La sede de la institución no se encuentra en Bremen.

—¿Ah, no? —se alarmó Ingrid. Había creído que podría ver a su hijo siempre que quisiera: iría a velar su sueño en sus horas libres, le haría compañía... aunque sólo fuera compañía. No había contado con la distancia—. ¿Y dónde está?

—En el sur, cerca de Ingolstadt.

—¿Tan lejos? Eso es al otro extremo del país.

—Me temo que sí. La otra cosa que iba a decir es que debido a su situación, en las afueras de la ciudad, las visitas deben concertarse con bastante antelación, pues deberá usted hospedarse en el propio edificio de la institución y no disponen de demasiado espacio.

—Entiendo.

–Si usted quiere, podemos enviar todos los datos de Michael a la institución Rosenthal y esperar su respuesta. Mientras tanto, le mantendremos aquí.

–¿Y si dicen que no?

–Confío en que acepten llevarse a Michael y ocuparse de sus cuidados. Es cierto que no cuentan con muchas plazas, pero, si usted está de acuerdo, creo que conviene intentarlo, señora. En mi opinión es la mejor solución.

Tras una pausa en la que quedó claro que nadie tenía más que decir, Martin ayudó a su madre a ponerse en pie y le recolocó el raído chal sobre los hombros. La enfermera de gesto indiferente, que no había abierto la boca en ningún momento, los acompañó afuera.

–Yo la llamaré en cuanto recibamos la contestación de la institución Rosenthal.

–Gracias.

Algunas semanas después se volvieron a reunir en la misma consulta. Junto al doctor Schölz les aguardaba un desconocido vestido muy elegantemente, que les fue presentado como el representante de la institución Rosenthal.

Ingrid apretó levemente aquella mano de dedos finos y largos que el hombre le tendió con una sonrisa, y se vio de pronto desbordada por una gran cantidad de información que le resultaba imposible almacenar en su cerebro. Llevaba días y días sin apenas dormir, estaba agotada y no conseguía concentrarse en lo que le estaban diciendo, pero se reconoció en seguida convencida de que la mejor

opción era trasladar a Michael a la institución Rosenthal. La mejor y la única, pues ella no podía permitirse pagar a una enfermera particular ni podía tampoco dedicarse al cuidado de su hijo a tiempo completo. Tenía un trabajo miserable con el que obtenía lo justo para ir tirando, y no podía dejarlo, no al menos hasta que Martin terminase sus estudios y se pusiese también a trabajar. De alguna forma, en su interior, sentía una especie de liberación al saber que unas almas caritativas estaban dispuestas a hacerse cargo de todo. Pero ese sentimiento iba acompañado de otro de culpabilidad, acentuado por la lejana localización de la institución. No le iba a ser posible visitarlo con frecuencia y eso le rompía el corazón.

—La señora Rosenthal utiliza su propio hogar para albergar a los internos. Posee una antiquísima mansión en las afueras de Ingolstadt, y hace unos años se construyó un edificio anexo acondicionado para alojar a los enfermos.

Ingrid guardaba silencio y el doctor se creyó en su deber de recalcar:

—Michael estará allí mejor que aquí.

Ingrid realizó un ligero gesto de asentimiento y el abogado aprovechó para extender su brazo tendiéndole unos papeles mecanografiados.

—Tiene que firmar usted abajo a la derecha.

—¿Qué es? —preguntó, pasando la vista sobre el texto sin leerlo.

—La autorización para que la institución Rosenthal se haga cargo de todo. —El tipo le tendió ahora una pluma estilográfica.



Todavía dudó un poco más antes de plasmar el garabato en el papel, y el abogado pareció en cierto modo impacientarse:

—Si decide cuidarlo usted misma, señora Vaughan, se convertirá en su prisionera. Y eso no sería justo para su otro hijo, ¿verdad? —Aquí dirigió una breve mirada a Martin.— Déjelo en nuestras manos. Dentro de un tiempo, incluso agradecerá la distancia.

Una vez que los documentos estuvieron firmados, Ingrid y Martin pasaron a ver a Michael, quien continuaba tumbado inmóvil en la cama como si fuera posible que en cualquier momento abriese los ojos y preguntase «¿qué hora es?».